

ALEJANDRO GALLINAL HEBER

**PERFILES PARA UN
NACIONALISMO**

EDITORIAL ORBE

SANTIAGO DE CHILE—1942

ALEJANDRO GALLINAL

El estudio de los problemas internacionales creados por la guerra que se extiende en el mundo, ha provocado diversas corrientes de opinión en los países sudamericanos. En este sentido, el sentimiento público se ha dividido en dos sectores; el que preconiza la intervención de estas repúblicas en el conflicto y el que sostiene, por el contrario, que las naciones americanas, sin salirse de las normas generales de la solidaridad continental, deben mantenerse ajenas a la tragedia en que los grandes pueblos se destrozan. Son dos criterios perfectamente respetables y defendibles.

No son otras las cuestiones planteadas y resueltas en el interesante volumen que el lector tiene entre las manos, escrito por un joven pensador uruguayo, Alejandro Gallinal. No pretende este libro dogmatizar sobre temas y puntos de vista que en la actualidad apasionan a las personalidades y a la masa: se trata de una opinión individual, serena, casi diríamos objetiva y profundamente nacionalista en sus intenciones. En sus páginas no hay propagandas de ningún género, sino el noble deseo de contribuir honestamente a la dilucidación de asuntos que atañen a la historia y al porvenir de Sudamérica.

Gallinal se ha distinguido en su patria por su amor a las más serias investigaciones y por la ponderación de su criterio. No se trata de un político, aunque tenga ideas definidas al respecto, ni de un comentarista ocasional; su actitud es la del estudioso, en el alto concepto de esta palabra, que mira más allá y por encima de las circunstancias pasajeras.

La extensión del conflicto bélico ha provocado en Sud América problemas de carácter internacional que ni siquiera sospechábamos y cuya discusión comienza ahora. Puede decirse que la opinión del Continente se divide, hoy día, en dos sectores, los intervencionistas y los neutralistas. Sería difícil establecer, en cada país, cuál de estos sectores es el más poderoso. En todo caso, es interesante conocer el pensamiento de quienes se dedican, con toda objetividad, al estudio de la hora internacional que vive América. No es otro el motivo que ha impulsado a la Empresa "Orbe" a acoger en sus ediciones este libro, "Perfiles para un nacionalismo", del joven escritor uruguayo Alejandro Gallinal.

El autor de las páginas que van a leerse no es un desconocido en su patria. Todo lo contrario. Nació en Montevideo en 1905 y se educó en los Padres Jesuitas. En 1924, ingresó a la Facultad de Derecho. Por esa misma época fué nombrado director de la re-

vista "Estudio", órgano oficial de un movimiento católico estudiantil.

Ocupó luego varios cargos dirigentes en la Federación Rural, organismo que orienta las actividades agropecuarias del Uruguay. Durante algunos años, dirigió el Boletín y la Revista de esa Institución.

En política ha figurado, como todos sus antepasados, en el Partido Blanco, también llamado Partido Nacional, sin tener participación activa en las luchas cívicas hasta 1941, en que distintos sectores de opinión levantaron su candidatura a la Representación Nacional por Montevideo.

Sus arraigadas ideas nacionalistas las ha expuesto el escritor en la prensa, en la revista y en el libro. Es, también, Gallinal un fervoroso ibero-americanista, es decir, un tradicionalista apasionado. Fruto de esta doble tendencia doctrinaria de su espíritu, son sus obras "Perspectiva de un rumbo", "Tizona" y "Sugestiones del Velón", que en su patria y en la Argentina han tenido amplia acogida.

El último libro escrito por Gallinal es el que ahora publica la editorial "Orbe". Hay en sus páginas la expresión altiva y honrada de un pensamiento, netamente uruguayo en su esencia, que aconseja e impone la tradición racial de Ibero-Americano.

No queremos en estas líneas de presentación, adelantar ningún juicio sobre esta obra, cuya actua-

lidad y trascendencia son indiscutibles. Nos limitaremos, pues, a reproducir las palabras que ella ha inspirado al Rector del Colegio Nacional de Santa Fe, República Argentina, Dr. Vicente Fidel López, que ha dicho: "Perfiles para un Nacionalismo", me resulta "un "Ariel" de la hora actual, trasladando motivos. "Leyéndolo he pensado: ¡quién pudiera entre nosotros codificar lo que se ha escrito y dicho sobre el "tema, tan vivo, tan imperativamente actual, y lo "lanzara al torbellino de la confusa y anárquica opinión pública de mi patria! Es un libro que hará "mucho bien en América, clarificando en los espíritus honradamente predispuestos, esta atmósfera que "obscurece cada vez más.

"Los publicistas que, como Gallinal en América, "propugnan la vigorización de un nacionalismo nuestro, que es propugnar el acrecentamiento de la virtud del patriotismo, merecen bien de su patria y "merecerán más en el futuro, cuando los espíritus se "serenen".

La empresa "Orbe" está segura de servir los ideales de amplia cultura que informan su labor, al difundir en Chile el interesante estudio de Alejandro Gallinal.

E. O.

Cada cual entiende a su modo las sugerencias del patriotismo, pero nadie tiene derecho a reivindicar el monopolio del mismo.

Estas páginas son la expresión actual del mío. Sé que discrepan con la orientación que sobre el problema estudiado tienen muchos de mis compatriotas, y esta convicción en lugar de gravitar en mi espíritu como una invitación al silencio, gravita como un imperativo contrario.

Cualquiera que sea en definitiva la postura internacional de nuestro país, ella debe estar precedida de un amplio cambio de ideas que oriente la opinión pública, y respaldada, cuando llegue la hora de las actitudes definitivas, en serias y fundadas convicciones populares.

Es, pues, necesario hacer llegar a esa opinión pública los diferentes criterios posibles de determinar orientaciones en uno u otro sentido.

Si es condición esencial de nuestro régimen, la libre emisión del pensamiento, no es dable suponer que frente a un asunto tan grave como el que informa estas páginas, tengan libertad de hacerse oír sólo los que tocan en determinada campana.

No discuto el patriotismo de quienes lo esgrimen como determinante de la tendencia que impugno, y creo tener derecho a la elemental reciprocidad de que se reconoce el mío como causa y motivo de mi posición.

Sin rodeos, pero sin inútiles agravios; con franqueza, pero con altura; dando la cara como cuadra a hombres, pero sin que ella revele el ceño agrio de los que creen que discrepar obliga a insultar, entro en materia.

Montevideo, 1941.

1

¿Qué pretendemos afirmar, cuando sostenemos que el Uruguay debe embarcarse en una política francamente nacionalista?

Acaso sea oportuno plantearnos esta pregunta en momentos en que las tergiversaciones conceptuales están a la orden del día, y en que la interpretación oportunista y epidérmica de los rumbos políticos y sociales, pugna por sustituir el sentido real y permanente de los mismos.

Dos falsas posiciones

Debemos cuidarnos antes que nada, de dos falsas posiciones: la que confunde el nacionalismo con las doctrinas políticas que lo han adoptado, y la que lo disfrazo con la capa impermeable y anquilosada de los criterios herméticos que rehuyen todo contacto exterior, toda idea nueva, todo aporte ageno, toda renovación espiritual, en un afán medroso y apocado de conservadorismo estrecho y apocado.

La primera falsa posición es hoy la más frecuente. No proviene de un error de interpretación, sino de una postura voluntariamente tendenciosa.

Nacionalismo no es totalitarismo

Es la reacción contra los regímenes totalitarios, que tiene esa responsabilidad. Se ha visto el sentido de afirmación nacionalista, que hay en muchos de ellos, y no se ha encontrado mejor camino en el afán de enfrentarlos barricadas, que arremeter contra todos y cada uno de los capítulos de su contenido, aún cuando esos capítulos, aisladamente considerados, puedan integrar el ideario de otros sistemas.

Nada más craso que la tontería de tales gestos. Consustanciar el todo con la parte; confundir uno de los ingredientes que han hecho posible la estructuración de un orden político-social, con la totalidad del mismo, logrado por la conjunción de otros elementos que nada tienen que ver con él, importa un absurdo sin levante.

Nacionalismo no es totalitarismo, ni todos los totalitarismos son nacionalistas; ¿dentro de fronteras no hemos vivido bajo el régimen batllista, que era ultra totalitario y nunca fué nacionalista?

El nacionalismo acepta ciertos aportes extranjeros

El nacionalismo no pretende la afirmación exclusiva de lo propio en un repudio total de comunicación exterior; antes bien, busca la afirmación de lo propio depurado en el contacto de todo aquello que, sin qui-

tarle su carácter, sea capaz de afirmar y afinar su estructura.

Los aportes exteriores no son en sí ni buenos ni malos. Serán ventajosos si de ellos se desprende un enriquecimiento real para nuestro concepto nacionalista; serán peligrosos si comprometen nuestra idiosincrasia.

La posición que cuadra en general frente a la posible contribución de ideologías exteriores, es tenerlas en cuenta para superarlas; servirse de ellas como elementos de cotejo, y elaborar lo nuestro sin dejarnos contagiar por lo que sea posible de desviar nuestro rumbo.

Pueden ser además convenientes y eficaces estos contactos, cuando se logra por esa vía la exacerbación de nuestro nacionalismo en virtud del choque frente a otros que se le opongan.

Pero pueden también traer consigo la ventaja de útiles y convenientes incorporaciones capaces de enriquecer nuestro ser nacional con elementos de que carezca.

Imitar de otros pueblos lo que tengan de bueno, estudiar el sentido profundo de sus impulsos afirmativos, engrandecer nuestro propio acervo con lo mejor de otros patrimonios, y todo esto dentro de nuestro molde vernáculo, sin calcar ajenas fisonomías, es sin duda labor encomiable.

Hay muchas cosas extranjeras que podemos tener

en cuenta con ventaja, y ya que hoy por hoy se advierte una corriente de simpatía tan marcada hacia Gran Bretaña, demos a esa corriente un sentido práctico, y busquemos en ese pueblo aquellos aspectos normativos de su ser nacional que sin desnacionalizarnos pueden servirnos de elementos de referencia, oportunos y convenientes.

Frente al carácter inglés, no es poco lo que podemos aprender; esa admirable sobriedad de gustos, que se traduce en un ejemplar sentido del "home", en un confort severo y digno; ese tono respetuoso que trasciende en el contacto de todas las capas sociales, denunciando un sano desvelo, no ya de instrucción, sino de educación popular; y por encima de todo, la mística de su concepto de tradición, que si en algunos aspectos puede tildarse de formalismo hermético y acaso teatral, evita el peligro de los posibles esnobismos con un sentido de religioso acatamiento a las normas heredadas, dando así una sensación de estabilidad y firmeza a su estructura institucional.

Es dable robustecer así un nacionalismo, por medio de otros que no coinciden con él, y cuando de estos contactos se desprende la incorporación de aportes extranjeros, esa incorporación no reviste peligros si la realizamos sobre la base de una estructura propia, densa y arraigada, capaz de obrar ante el precitado aporte como obra un organismo sobre el alimento que asimila.

"Definición de "lo propio"

¿Y qué es "lo propio" que debemos consolidar?

Una tradición, un modo de ser como realidades para la afirmación actual, y un impulso tenido hacia el porvenir afanoso de lograr en el tiempo la consolidación de ambos

"Lo propio", es un estado de conciencia, es un carácter, es un concepto de vida, es una dinámica traducida en rumbo, es una capacidad para la opción frente a la angustia de las bifurcaciones.

Y nada de eso se improvisa: se elabora. Hay un necesario proceso de gestación para lograr esas modalidades y condiciones que constituyen un "ser nacional".

Las naciones, como los hombres, alcanzan si se educan, un período de madurez, de desarrollo, en que sus posibilidades latentes toman forma y contenido, en que sus características se afianzan, en que sus rasgos se definen.

Pero un nacionalismo se logra, se estructura, con algún objeto.

El proceso de gestación que lo impone, perdería sentido y jerarquía si no hubiera ya en él una finalidad entrevista. Un nacionalismo lleva en sí una misión; hacer algo, por algo y para algo.

Hay en él una dinámica potencial, y un conjunto

de propósitos, de aspiraciones, de afanes pasibles de encauzar el rumbo de esa dinámica.

Rumbo de nuestro nacionalismo

Yo siento como contenido esencial de nuestro nacionalismo, la necesidad de afirmar, de puertas adentro los dos grandes blocks de opinión que han dado siempre un tono autóctono a nuestra política, difícilmente permeable a las sugerencias noveleras de ningún extranjerismo; y de puertas afuera, un franco entendimiento Iberoamericano, según lo determinan los imperativos de nuestro común origen, que se traducen en la armonía del mismo verbo, en una similitud de concepciones básicas para los cauces del derecho, en una da, y en un respeto tradicional de gerarquía hidalga fundamental consonancia espiritual como norma de vida, e inconfundible origen por el solar vecino de la nación hermana en la sangre, que destaca una diferencia elocuente con el respeto que por el solar vecino acusa en América la nación que es sólo hermana por proximidad.

Pero nuestro nacionalismo debe tener mayor alcance. Su ideario, calando en profundidad, ha de llegar más hondo que el plano del mantenimiento de una estructura política y el reencuentro de un rumbo internacional; debe llegar al hombre como tal, a su conducta, a su educación; a su ubicación dentro de las responsabilidades y preocupaciones de la hora.

El nacionalismo y el hombre

Nuestro nacionalismo busca en el hombre un sujeto penetrado de sus deberes; quiere hacer de él una capacidad dignificada en el servicio, apta para el sacrificio, comprensiva ante los imperativos de la fraternidad y rígida frente a las sugerencias de la inercia.

El nacionalismo y la familia

Debe llegar también a la familia, afirmando en ella el núcleo esencial para toda sociedad perdurable y destacando como capítulo primero y eje de la preocupación futura, todo lo que tienda a robustecer en ella un tono cristiano, en el cuádruple aspecto de su jerarquía moral, de su independencia económica, de su orientación espiritual, de su libertad de acción frente a los avances del estatismo para la libre educación de los hijos.

El nacionalismo y la libertad

Nuestro nacionalismo debe afirmar el concepto de libertad como principio esencial e intangible de su estructura.

Siento como una de las verdades más hondas de la hora, que ese concepto de libertad no debe considerarse como un derecho sino como una fuente de deberes.

La libertad mirada como derecho suele tener proyección egoísta; suele buscar imponerse a los demás aunque se niegue a sí misma en su ejercicio por otros titulares; brinda a los hombres una noción amplificada de sus posibilidades, los invita a exigencias desmedidas y les permite gestos sin control.

Da a la marcha de las masas hacia sus objetivos un tono conminatorio y absoluto que borda ese trayecto de intranquilidad, e imprime al ademán de quienes alzan obstáculos en ese trayecto, una expresión igualmente conminatoria y absoluta que agría entre unos y otros las posibilidades de entendimientos, los aleja del clima de las transacciones y obstaculiza los acuerdos.

La libertad considerada como derecho deforma el sentido de la medida en las pretensiones humanas, y propicia las corrientes de individualismo anárquico.

Considerando la libertad como fuente de deberes, se exalta su gerarquía social y se dignifica su carácter.

La libertad, que no es un fin en sí, sino un medio, está llamada en carácter de tal a ser instrumento de múltiples servicios, a oficiar de vehículo para logros que importan deberes.

La libertad no debe ser mirada como una posibilidad de opción entre lo que debe ser y lo que no debe ser, sino como un cauce tanto más digno y meritorio cuanto que queda librado a la voluntad el seguirlo o no.

La libertad es esencial, pero no es un absoluto.

Es un elemento impensable para la vida individual y colectiva, en cuanto sin ello no pueden ponerse en juego los atributos de la persona humana.

Hay regímenes totalitarios que niegan la libertad para salvaguardar la disciplina y el orden; hay regímenes democráticos que olvidan el orden y la disciplina para salvaguardar la libertad.

Nuestro nacionalismo debe afirmar la libertad dentro de un régimen de disciplina y de orden.

El nacionalismo es un estado civil que nos define, y al que no podemos renunciar; es el conjunto de aquellos aspectos de la vida de un país, que por su penetración en el ambiente cobran sentido de rumbo y gerarquía de huella.

El modo de ser que configura el nacionalismo, está por encima de divisiones y de banderías internas. Su marco tolera en su amplitud la posición de cobijar diferentes tendencias y matices siempre y cuando estén empapados de tono y color de ambiente.

Pueden ser igualmente nacionalistas dos prédicas en pugna, individualista una, socializante otra; libre cambista una, proteccionista otra; católica una, liberal otra, siempre y cuando tengan todas ellas el contacto primario de su afincamiento local.

Elaboración del nacionalismo

Un nacionalismo no se inventa, no se impone, no se compra; un nacionalismo se va formando, es un pro-

ducto del tiempo. Surge como una resultante del contacto de razas, de costumbres, de ideas, de sistemas, de ambientes, de circunstancias, gravitando sobre la vida de un pueblo.

Se va afirmando a través de su historia; se va definiendo en el acontecer de todos los días; va cobrando nitidez y densidad, franqueza de aristas y de núcleo, en moneda de sazón y con edad lograda.

La raza

En los pueblos de gran afluencia inmigratoria, donde los aportes humanos tienen múltiples fuentes, es fácil perder la huella para la conjugación de uno de los elementos que sin duda debe cotizarse a fin de perfilar un nacionalismo: la raza.

El nuestro, muy joven aún, tiene a pesar de la multiplicidad de raíces que han contribuido a estructurarlo, una predominancia singularmente latina, y, dentro de la latinidad, hispánica.

El aluvión cosmopolita de los últimos 50 años, no logró debilitar ni un ápice la densidad de su carácter inicial y hoy, ese carácter rebosa, sale a la superficie y predomina a pesar del esfuerzo anti-español de quienes demuestran con el tesón de su empeño, la solidez, la verdad y el arraigo de lo que pretenden negar y demoler.

Esta corriente extrangerizante viene de lejos; aca-

so le quepa en América la mayor responsabilidad a Sarmiento, que no supo comprender pese a los esfuerzos de Andrés Bello para demostrárselo, que su fobia hispánica no era fruto razonable de una fría y serena investigación histórica, sino por el contrario, el fruto apasionado, indigno de su jerarquía intelectual, de un afanoso hurgar en lo más hondo de la leyenda negra.

Tan perjudicados como él son quienes hoy se empeñan en torcer las directivas de nuestro abolengo histórico pretendiendo, para justificar esa fusión que anhelan con Anglo-América, que la tesis Ibero-americanista que se les opone, es una expresión racista, trasnochada, declamatoria y raquítea.

Dos tipos de razismo

Hay dos clases de razismos perfectamente diferenciables: torpe y exclusivista el uno; cuerdo, amplio y afirmativo el otro.

Pugna el primero por el predominio de la propia raza, en una exaltación egolátrica de sus características, y tiende al desprecio de las otras, considerándolas inferiores.

Es una concepción excluyente y egoísta, peligrosa y audaz.

Tiende el segundo a la afirmación de las virtudes y méritos de una raza, a su depuración; aspira a destacar sus modalidades y valores, a encauzarla por rum-

bos capaces de asegurar su gerarquía ecuménica en el plano de la influencia espiritual, pero sin herir, sin rozar, sin disminuir ni en su doctrina ni en su acción la órbita o el ritmo de las otras razas.

El primer concepto divide el mundo en parias y gentiles; es una concepción pagana.

El segundo acepta para todas las razas idénticas posibilidades de superación; es una concepción cristiana.

El primero, a fuerza de desconocer las demás, se hace penetrante, invasor, imperialista.

El segundo, que sólo busca su continuidad en el tiempo, y dentro del perímetro ancestral de su propio cauce, es respetuoso, nacionalista y tradicionalista.

Este segundo concepto de razismo es el que debemos afirmar para la conjugación definitiva de nuestro verbo nacionalista.

• • •

Perfilando así ese nacionalismo, hemos de reconocer que, en nuestro medio, no siempre se percibe con nitidez.

La culpa extrangerizante

Culpemos de ello a los gestos desaprensivos de quienes no trepidan en arriesgar el patrimonio acumulado en tres siglos de coloniaje español, y en un siglo

más que fué su continuación, dando pasos en falso pasibles de torcer nuestro destino, pasibles de esterilizar en un afán de reproducir cualquier modelo extraño, el plasma fecundo de aquella corriente.

Son los que olvidan en su criterio desarraigado para concebir la vida, que la acción de presente debe tener dos características esenciales a fin de no descarrarse en rumbos errados: el respeto a los elementos constitutivos del pasado, y un sentido franco y rígido de responsabilidad ante el porvenir.

Tradicionalismo

El respeto al pasado gerarquiza los esfuerzos actuales dándoles carácter de continuidad, de labor madurada a través del tiempo y de las circunstancias, de proceso reflexivo y constante en que las experiencias adquiridas no se desechan, y en que el impulso orientador para la dinámica del momento no tienen carácter de salto en el vacío, sino de ademán meditado y sereno.

El Cardenal Gomá ha dicho con gran justeza: "Un pueblo es por lo que fué; renuncia a ser, el que no quiere vivir de su pasado. Una nación es una serie de generaciones que se dan la mano y se comunican unas a otras el espíritu que las animó; cesa la continuidad cuando cesa la unidad de espíritu".

La preocupación del porvenir

La responsabilidad ante el porvenir debe gravitar constantemente frente a todos y cada uno de nuestros actos.

El futuro es, hoy más que nunca, un interrogante; un interrogante que es necesario mirar sin apasionamientos para adaptar frente a él posturas lógicas.

Entiendo por tales las que no comprometan nuestro destino más allá de lo que el interés exclusivamente nuestro reclame; las que no importen salidas de tono y alharacas inútiles; las que subrayen el carácter de nuestra responsabilidad internacional sin menoscabar a la zaga de preocupaciones ajenas.

Hay momentos, y este es uno de ellos, en que la expectativa tiene para muchas naciones un sentido de ineludible deber.

Cuando se juegan en el mundo con la razón de las armas, los destinos de dos grandes influencias internacionales, las naciones cuya posición geográfica y ausencia de agravios para una y otra, colocan al margen del conflicto, deben afirmar postura a todo costo y sin reservas.

La nuestra es una de ellas.

II

La propaganda belicista

Sin embargo, la propaganda recrudece. La radio y la prensa se encargan de sembrar constantemente en el ya caldeado espíritu público ciertas fórmulas de importación cuyo texto es siempre idéntico en lo fundamental; el ritmo de los acontecimientos europeos se ha hecho vertiginoso, y por no ser menos, ha tomado forma de avalancha el tono de la prédica en cuestión.

La neutralidad es un delito, es una traición, oímos; querer mantenerla, es precipitar al país hacia el abismo; es cooperar con nuestra prescindencia al triunfo de los totalitarismos; es debilitar el bloque americano de defensa democrática, en esta hora crucial de su destino, etc.

Cosas de este tenor recogemos a diestra y siniestra; plumas del montón y plumas de gerarquía lo puntualizan; hay una fiebre colectiva que en vez de calmarse, se agudiza cada vez más.

Si la grito que comento fuera sólo callejera; si no hubiera arrastrado en su impulso opiniones que siempre estuvimos acostumbrados a respetar; si no se respaldara en la autoridad de muchos, no sería más que uno de tantos arrebatos populares, tanto más fugaz cuando menos sensato, a que nos tienen acostumbrados los vaivenes de la opinión pública.

Sin embargo, es otra la gerarquía del movimiento. Hay hombres y nombres que le prestan la consistencia de que carece, a través de su propia densidad intelectual; y la actitud oficial subraya además ese estado de cosas respaldando la fiebre con actitudes que revelan la misma enfermedad.

Todo ello plantea un imperativo impostergable a los que, viendo los problemas actuales desde un ángulo más sereno, creemos cumplir con una obligación al destacar sin rodeos nuestra postura.

El imperativo de la neutralidad

Frente al clamor reclamando para nuestro país y para toda América del Sur, una posición de no-beligerancia, debemos levantar bien alto la bandera de la más absoluta y total negativa.

No estamos sólo frente a una definición doctrinaria pasible de embarcar nuestro país en determinada escuela; no estamos frente a una simple pugna de ideas donde el abanderamiento en pro de cualquiera de ellas tiene sólo la trascendencia teórica y esencialmente subjetiva de un credo que se abraza.

Estamos frente a un conflicto armado que es necesario contribuir a que se defina sin salir de la órbita actual.

Desde luego que ese conflicto lleva en sí una lucha de ideas, de regímenes, de concepciones institucionales,

y sin duda que uno de los que está en pugna, se aproxima más a nuestra modalidad que el otro; pero así y todo, ¿nuestra similitud con esa concepción autorizada que se comprometa la tranquilidad del país por el hecho de que una modalidad que él sustenta peligre en sus aplicaciones en el extranjero?

Si el Uruguay fuera una potencia pasible de contar por su poderío entre las que plantean y deciden los grandes conflictos internacionales; entre las que trazan y borran las fronteras de los pueblos, sería qui-jotesca pero lógica una postura tendiente a respaldar su propio modo de ser y de vivir en la proyección exterior del mismo.

Pero no es ese el caso. Nuestro país no puede contar en conflictos de esta naturaleza como elemento capaz de inclinar la balanza en uno u otro sentido; su actitud nunca podrá ser un gesto aislado y personal, sino un ademán solidario con quien comparte con él la cuenca estratégica del Río de la Plata, y tiene con él un parentesco de origen y de destino en razón de ser naciones igualmente jóvenes, de semejante modalidad institucional, de idéntica herencia hispana, y de similar vocación para mirar del mismo modo el futuro de sus pueblos.

Misión de los países pequeños

Esto no significa menoscabarle a los países pequeños la gerarquía internacional que ostentan; no signi-

fiça disminuir sus posibilidades de relación y de contacto con otros estados, sino perfilar esas posibilidades dentro de marcos adecuados, no menos trascendentes por ser menos detonantes, no menos fundamentales por no revestir el arreo militar.

Al Uruguay, igual que a otros pueblos pequeños, le queda reservado el cometido de destacar su fisonomía a través del valimiento individual de sus hombres, a través de la gerarquía de su labor intelectual, a través de la dignidad de su arte, del calado de su ciencia, del acierto de sus leyes, de la seriedad de su tono internacional.

En estos aspectos todos los Estados, grandes o pequeños, ricos o pobres, tienen frente a los demás idénticas posibilidades de sentar cátedra, de marcar rumbos, de abrir horizontes, de traducir su esfuerzo en ejemplos para la imitación, o en boeeto que en una u otra disciplina, tarde o temprano, cerca o lejos, puede dar de sí la obra acabada.

Aceptemos sin protestas nuestra misión de país pequeño, y no incurramos en actitudes que podrían irrogarnos responsabilidades superiores a nuestra capacidad para hacerles frente.

* * *

Patriotismo y lógica, determinantes de neutralidad.

Nuestra neutralidad está dictada por razones elementales de lógica y de patriotismo. De lógica, porque

el aporte uruguayo nunca podría traducirse en otra cosa que en el platonieismo de una expresión de simpatía, y no es con esa clase de armas que se ganan las guerras; de lógica, porque el Uruguay, país exportador, debe quedar frente a cualquier cambio de rumbo o de influencia en la orientación general del comercio internacional, con la posibilidad de agregar sus productos a los que integren las transacciones del futuro, posibilidad que quedaría retaceada si, ganando la guerra aquél o aquéllos frente a los cuales hubiera nuestro país tenido gestos de inútil y tonto agravio, esta o estas naciones llegaran a tenerlo en cuenta y nos excluyeran de entre sus mercados vendedores.

Razones de lógica, porque la más elemental, la más infantil aconseja no dar pasos ni adoptar actitudes que importen lo que en buen criollo llamamos "compadradas", y ni sería otra cosa que eso, la que, al igual que en 1914, parecería estarse incubando.

¿Igual que en 1914? No, precisamente. Entonces dimos un paso en falso frente a una nación que fué derrotada y que ya denunciaba en ese momento la posibilidad de tal desenlace, mientras que hoy soplan otros vientos.

Razones de lógica, porque el rompimiento de la neutralidad, que importa ponernos junto a un beligerante y frente a otro, querría por lo visto justificarse en cuanto a la primera parte en la defensa del sistema democrático, pero frente a los Estados del Eje, ¿bas-

ta una simple oposición de sistema para explicar una actitud de animosidad internacional?

¿Hay en la historia antecedentes que denuncien esta clase de actitudes por aquello de no simpatizar con los sistemas, métodos y procedimientos de otro gobierno?

Razones de patriotismo, porque lo que el país quiere y necesita, es paz. Paz interna y paz externa, para sortear las grandes dificultades del momento histórico que vivimos en el único clima en que tal finalidad puede lograrse; para volcar toda la energía humana de que el país dispone, en cauces de trabajo fecundo; para multiplicar nuestra capacidad productiva por el coeficiente de nuestro tesón y de nuestra pericia; para proyectar al exterior el fruto de ese trabajo y traducirlo en riqueza; para compaginar el ritmo de nuestra vida internacional dentro de la órbita de amistosos intercambios.

Razones de patriotismo, porque el más primario exige no interferir la marcha de un estado con problemas que le son ajenos.

Belicismo yanqui, problema ajeno

Estados Unidos está propiciando el belicismo en Sudamérica para respaldar su propio belicismo y poder disfrazar con la apariencia de una actitud continental los móviles exclusivos que lo mueven en esta emergencia.

No seamos ingenuos marchando a remolque de una política que no nos interesa. La República Argentina es la que hasta la fecha ha visto siempre con más claridad esta clase de entretelones. En los últimos Congresos panamericanos, supo adoptar posturas de digna independencia y de sensatez internacional; y frente al reciente problema de las incautaciones, ha sido la que primero afirmó el criterio que el buen sentido y la cordura imponían.

Sigamos su ejemplo en no recargar el horizonte de nuestras preocupaciones, ya demasiado denso, con problemas importados, a los que se da precipitadamente carta de ciudadanía en momentos en que pueden significar una bomba de tiempo.

* * *

A medida que los Estados Unidos van dando pasos hacia la guerra, Sudamérica entera debe atrincherarse en una inquebrantable resolución de neutralidad.

Contenido de nuestra neutralidad

Y esa neutralidad no es falta de decisión para adoptar una postura más franca en el tinglado internacional.

Neutralidad no es abstenerse de una actitud, es tenerla; no es cobardía para intervenir, es valor pa-

ra no dejarse llevar; no es hurtar el cuerpo a las responsabilidades de la hora, sino aceptarlas íntegramente sin dejarse penetrar por las ajenas.

Neutralidad no supone quedarse inmóvil frente a una bifurcación de caminos, es simplemente escoger un camino propio, a campo travieso; no supone huir ante un peligro, sino apartarse sensatamente de una aventura; no implica una posición quietista frente a la dinámica universal de la hora, sino una postura que en su aparente despreocupación encierra toda la energía y el sentido de rumbo de un pronunciamiento.

No podemos permitir que se nos coloque frente a la inminencia de una guerra para darle tono de actitud continental americana a un gesto que sólo a una nación interesa.

**La exaltación democrática no justifica
nuestro enrolamiento.**

El Presidente Roosevelt ha visto con gran justeza que en muchas naciones de América hispana — la nuestra entre ellas — existe una ausencia total de un gran motivo orientador de la política, de un gran motivo nacional, y nos brinda el de la exaltación democrática continental.

Creo que es el caso de agradecer y declinar el obsequio. Bien está la exaltación democrática, siempre que ella no sea puente de compromisos ulteriores, siem-

pre y cuando no nos contamine de otros problemas ajenos a esa exaltación que se perfilan en el horizonte de otras democracias.

Bien está la democracia en sí, pero no como puente tendido sobre un despeñadero que no nos interesa cruzar.

Podemos si queremos vivir nuestros propios problemas, sin necesidad de inyectarnos la preocupación de los ajenos. Sólo precisamos para ello inocular en la conciencia pública como verdad fundamental, la convicción de que hay en nosotros capacidad para la propia orientación dentro del panorama de los problemas auténticamente nuestros.

Ello exige una dinámica volcada íntegramente hacia la conquista de nuestra independencia espiritual.

Independencia espiritual

Recalco el término: independencia espiritual.

No basta que una nación tenga independencia política, si hace de ella un uso que la coloca en situación de no parecerlo.

Es necesario que logremos esa autonomía espiritual, en una revaloración de conceptos olvidados.

Cada país es en función de sus características étnicas, de sus raíces tradicionales, de sus vínculos de raza, un modo de ser y de sentir.

Recuperación de nuestro "ser nacional"

Ese modo de ser y de sentir es lo que hemos de recobrar en un esfuerzo de recuperación de nuestro carácter nacional, que no es de aluvión como muchos sostienen, sino de franca estirpe hispana.

Lo que da carácter y perfila una nacionalidad no es la corteza superficial expuesta a todos los contactos y formada en presencia de las distintas inmigraciones que se le han ido incorporando a través de los años; es la influencia madre la que cuenta; es la gravitación de la hora prima con sus ideas, modalidades, sentimientos, principios, creencias y costumbres, que oficia siempre de plasma esencial en la nutrición del espíritu de los pueblos; tal el abono volcado en los surcos recién abiertos, al dejar en ellos la jerarquía de una riqueza inicial que, poco o mucho, trasciende luego en la calidad de las cosechas futuras.

Para lograr ese reencuentro con nuestra propia modalidad originaria, debemos romper vínculos de vasallaje que nos contaminaron de extranjerismo y diversificaron peligrosamente nuestro rumbo.

Y repito aquí lo que he dicho mil veces: tenemos un solo camino: el Ibero-americanismo. Ibero-americanismo entendido como rumbo para lograr de nuevo nuestra modalidad originaria, y para afirmar en el tiempo por medio de un mayor contacto de todos los pueblos ibéricos, el resurgimiento total ya iniciado en

algunos de ellos, de los viejos y eternos valores que dieron un siglo de oro y un mundo nuevo a la cristianidad.

III

Se me ha criticado que en reciente libro destacara hasta la insistencia mi postura ibero-americanista en oposición al Pan-americanismo que está de moda.

Americanismo

Sáquele Ud. el "Pan", se me ha dicho, pero deje Ud. el "Americanismo" como norte para una orientación continental, en esta hora donde la vieja Europa se debate en convulsiones de agonía. La civilización europea padece una crisis mortal; evitemos su contagio y demos al espíritu de América un sentido autónomo, no pan-americanista, ya que choca el término, sino americanista simplemente.

Dígase lo que se quiera, pesan muy poco en mi espíritu tales afirmaciones. Mantengo íntegramente mis puntos de vista, y exponiéndome a parecer redundante, voy a insistir de nuevo sobre este tema de vital importancia americana.

El único camino para la orientación sensata y lógica de los pueblos de la América Española, es, no un americanismo, con "Pan" o sin él, sino un franco decidido y firme Ibero-americanismo.

La actual conmoción europea, por hondura que tenga, por mucho que peligren los valores en juego, no autoriza un divorcio de continentes.

Las circunstancias de más aguda crisis son cátedras de honda enseñanza, y pretender desvincularnos de Europa en el momento en que precisamente por atravesar una hora crucial, de evidente renovación institucional, puede marcarnos como nunca rumbos, convergentes o divergentes con los suyos, sería una errónea actitud.

El americanismo, con "Pan" o sin él, es un concepto artificial que aspira — ya lo he dicho hasta el hartazgo — a una imposible simbiosis del espíritu de las dos Américas; de esas dos Américas entre las que no puede haber otra cosa que una proximidad territorial, mientras la del norte olvide que no es con discursos, ni conferencias, ni promesas, ni convenios cansillerescos que se puede llegar al alma de los pueblos del Sur.

Los pueblos de Ibero-América quieren no palabras, sino hechos, y hasta ahora los hechos no traducen ese estado de espíritu de buena vecindad de que hablan los representantes oficiales y la prensa.

¿Hace pocas semanas un senador no propuso en Washington la anexión de Cuba?

Mientras puedan plantearse estos interrogantes, cuya solución es obvio destacar, resulta absurdo que se hable de americanismo.

* * *

Las dos Américas

Sólo geográficamente existe una América. Espiritualmente, jurídicamente, existen dos Américas: Anglo-América e Ibero-América.

Entre ellas no puede caber en este momento otra política que la del respeto recíproco, base para que, talvez mañana, ella dé lugar a un estrechamiento mayor.

Respeto recíproco fundado en el reconocimiento por parte de todas las naciones que las integran, de la jerarquía de estado independiente que ostentan unas frente a otras, sin pretender ninguna de ellas, ni directa ni indirectamente, ni en forma ostensible ni solapada, incurrir en técnicas pasibles de significar un zarpazo a la autonomía de los pueblos vecinos.

Anglo-América e Ibero-América tienen sin duda una vocación democrática similar y un parentesco de destino en su carácter de pueblos igualmente jóvenes. Sin embargo el criterio americanista no podría llevarnos, hoy por hoy, a otra cosa que a una relación económica más estrecha que la actual, a un respeto recíproco más afinado, a una vinculación social más sincera, ya que es imposible pretender que esa vinculación adquiera el tono íntimo, fraterno, al margen de razones utilitarias, que obedeciendo a su filiación común traducida en aptitudes similares para comprender del mismo modo los imperativos de la justicia de la

igualdad ante la Ley, del respeto al hombre por el hecho de serlo, pertenezca a la raza que pertenezca, subraya las posibilidades de contacto entre los pueblos de Ibero-América.

Para que exista una conciencia americana, es necesario que el Norte cambie de rumbo totalmente en su política internacional.

No se formará esa conciencia mientras se pretenda llegar hasta nosotros con el prestigio del poderío o con la fuerza de la riqueza; Ibero-América comprende mejor otros argumentos que aún no se han esgrimido; el Norte ha sabido llegar a nuestro bolsillo y a nuestras aduanas, pero no ha sabido llegar a nuestro corazón.

* * *

Dice Rodó, que si ha podido decirse del utilitarismo, que es el verbo del espíritu inglés, los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario.

Nordomanía

La imitación que de ese estado de espíritu quería hacerse entre nosotros, era llamada por nuestro gran pensador "nordomanía", nordomanía a la que aconsejaba oponer los límites que la razón y el sentimiento

señalan de consumo, para evitar una desnaturalización del carácter de nuestros pueblos.

Lo que Rodó decía hace 30 años, podríamos repetirlo ahora, frente al nuevo impulso extranjerizante que busca otra vez, y en función de temores histéricos, autorizar entre nosotros una penetración nórdica.

Pero el problema tiene hoy un carácter mucho más grave que entonces. En 1911 nos hallábamos frente a una corriente pasible de traducirse a una corriente servil y desarraigada a que se abocaba, en una mala imitación de modalidades ajenas que menoscababan personalidad y jerarquía a nuestra condición de pueblos hispánicos.

El peligro fundamental de entonces estaba en que esa tendencia hacia el carácter del norte no era depuradora de nuestro estilo sudamericano, sino afán sin alas de burda y pobre fotografía.

El peligro de hoy tiene otra garra, otro tono, otro contenido.

No es la pérdida de nuestra modalidad, de nuestro signo hispano, lo que más debe preocuparnos hoy, es la pérdida de nuestro rumbo internacional, que por huir de fantasmas, nos está empujando hacia abismos.

No se deduzca de aquí la animosidad maniática y prejuiciada frente a los Estados Unidos.

Admiro ese pueblo en lo que tiene de admirable; en su voluntad realizadora, en su impulso insaciable para descubrir en nuevas formas del hierro o del acero,

aliados para el trabajo humano. Reconozco, con Rodó, que ellos "han sabido salvar en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, guardando viva la tradición de un sentimiento religioso que, si no levanta sus vuelos en aras de un espíritu delicado y profundo, sostiene, en parte, entre las asperezas del tumulto utilitario, la rienda firme del sentido moral".

Pero, así y todo, siento que lo único que de pueblo a pueblo Estados Unidos puede despertar hoy en nosotros es, — como ya lo insinué más arriba — asombro o cautela.

Asombro frente a su genio admirablemente mecanizado, materialmente creador; cautela frente a su inmenso poderío puesto al servicio de un imperialismo que tiene su expresión doctrinaria en la concepción de Monroe, cuyo texto puede, sin duda, despertar simpatías continentales, pero cuya aplicación ha dado lugar a través de un largo siglo de vigencia a una serie ininterrumpida de interpretaciones desorientadoras, que se conjugan sin embargo y se vinculan entre sí, bajo el común denominador, no ya del interés general americano, sino del interés exclusivo de los Estados Unidos.

La doctrina de Monroe

La primera expresión de esta doctrina data de 1923. Se sintetiza en estas dos manifestaciones:

1º—Las potencias europeas no pueden considerar

ningún Estado independiente americano, como pasible de colonización.

2º—Los Estados Unidos mirarán como poco amistosa y peligrosa para su paz y seguridad, toda intervención europea en los asuntos internos de los países independientes de América, con el objeto de cambiar su sistema de gobierno, de oprimirlos o controlar en cualquier forma sus destinos.

A pesar de esta declaración, en 1833 cuando la Argentina protestó ante el gobierno de Washington por la ocupación inglesa de las Malvinas, Estados Unidos contestó que ese hecho no tenía nada que ver con la Doctrina de Monroe.

La interpretación de esta doctrina autoriza más adelante la incorporación a su territorio, en perjuicio de Méjico, de Texas, California y Nueva Méjico, lo que valió la conocida frase del distinguido autor norteamericano, Hart:

La opinión de Hart

"En vez de la doctrina pacifista de que América debía permanecer tal cual era, los Estados Unidos empiezan a reformar sistemáticamente el mapa de Norte América a expensas de sus vecinos; y a sostener con todo su poder que existe una cosa misteriosa llamada Doctrina de Monroe, que prohíbe a todos, salvo a ellos mismos, intervenir en la América Latina..."

El caso de Panamá

En 1846, frente a las perspectivas de construcción del canal de Panamá, Estados Unidos firmó con Nueva Granada (más tarde Colombia), un convenio por el cual se comprometía a asegurar el libre paso a través del istmo, ya fuese por agua o por vía férrea, y a garantizar los derechos de soberanía de Nueva Granada sobre la zona de Panamá.

En 1850, Estados Unidos pacta con Inglaterra (tratado Clayton-Bulwer), la neutralidad y libre uso, garantido por ambos, de la vía que se abriera.

El tratado Hay-Pancefote (1900) anula el anterior, quedando Estados Unidos con el derecho exclusivo de construir y controlar el canal sin retaceos.

Esto violaba lo pactado con Colombia, que se opuso a ello, pero una "inesperada y oportuna" revolución independizó la zona del canal, que de inmediato "concedió" a Estados Unidos las atribuciones y derechos que Colombia le negaba en virtud de acuerdos anteriores.

* * *

Pero más que los hechos, ya de por sí elocuentes, lo que interesa en este caso de Panamá, es fundamentalmente la doctrina que se aplicó.

Doctrinas de Teodoro Roosevelt

Teodoro Roosevelt, presidente entonces de la Unión, declaró sin ambages que, como Colombia no podía ejecutar por sí misma los trabajos del Canal, "no tenía derecho a privar al mundo civilizado de los beneficios de esa obra, impidiendo en función de su soberanía que otra hiciera la perforación del istmo".

Expresó que Estados Unidos en su carácter de estado cuya civilización es de más gerarquía, tiene derecho a expropiar bienes de naciones inferiores, y en función de tal premisa, quitó a Colombia, débil para hacerle frente, los medios de oponerse a su voluntad, patrocinando la revolución que independizó a Panamá y se lo entregó en bandeja.

La política del Big Stick

Teodoro Roosevelt fué el doctrinario de una clara política de hegemonía, la política del "Big Stick".

Divide con ella a América en dos clases de estados: de primero y de segundo orden. Los de segundo orden tienen, para él, una soberanía limitada, y deben aceptar, lo quieran o nó, la presión de Estados Unidos (potencia de primer orden) en forma de consejos, órdenes, amonestaciones o, si llega el caso, de vías de hecho.

En su mensaje de Diciembre de 1904, Roosevelt

dice entre otras cosas: "No es cierto que los Estados Unidos sientan ningún deseo de expansión territorial ni tengan respecto de las otras naciones del hemisferio occidental ningún proyecto, salvo los que puedan propender a la felicidad de aquéllas. Si una nación demuestra que sabe conducirse con razonable eficiencia y decencia en materia política y social, si conserva el orden y paga sus obligaciones, no debe temer la intervención de los Estados Unidos. La mala conducta crónica o la impotencia resultante de un relajamiento general de los vínculos de la sociedad civilizada, pueden en América, como en todas partes, requerir por último la intervención de alguna nación civilizada, y en el hemisferio occidental, la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina de Monroe, puede forzarlos, muy a su pesar, en casos flagrantes de tal conducta o impotencia, a ejercer un poder de policía internacional".

En 1903, Teodoro Roosevelt pronunció en Chicago un discurso en que hacía caber dentro de la doctrina de Monroe, las siguientes afirmaciones: "...Desde la época en que extendimos definitivamente nuestras fronteras por el occidente hasta el Pacífico, y por el sur hasta el golfo de Méjico, desde la época en que las antiguas colonias españolas y portuguesas del sur afirmaron su independencia, nuestra nación ha insistido constantemente en esto: que por razón de su fuerza superior entre las naciones del hemisferio occidental,

tiene ciertos derechos y responsabilidades que la obligan a tomar parte principal en este hemisferio".

... "Hay un proverbio que dice: Con buenas palabras y un buen garrote se va lejos. Si la nación americana habla suavemente, pero al mismo tiempo constituye y mantiene con la más grande disciplina una marina completamente preparada para hacer frente a todos los acontecimientos, la Doctrina de Monroe irá lejos".

Y bien: no es por el camino de esos sentimientos denunciados en tales doctrinas que aquella nación logrará despertar en nosotros la simpatía, la amistad y el cariño necesarios para el estrecho acercamiento que tanto anhelan.

Un acercamiento hondo, natural, espontáneo, debe ser espiritual, y hoy por hoy Anglo-América e Ibero-América tienen dos espíritus que están muy lejos de una posible fusión.

No basta el panorama común de un mismo credo democrático; frente a él se alzan para separarnos, la fuerza de la sangre, el sentido de la vida, la contextura del espíritu, la barrera del idioma y la voz de la historia!...

El carácter de Ibero-América

Ibero-América tiene en sí misma su rumbo tradicional e histórico, marcado a un tiempo por su perfil

espiritual, su fuente jurídica, su carácter hereditario, que la impulsan con esfuerzo convergente al destino ecuménico de la raza!

Ibero-América es un patrimonio espiritual, que debemos afirmar en sus hondas características fundamentales, acaso un tanto diluídas hoy, gracias al snobismo de extraños objetos de imitación que han borrado un poco su personalidad colectiva y su tradición étnica, para tender a modelos importados, cuyas aristas sólo se han logrado en deformada silueta.

El iberoamericanismo típico, sin mutilaciones ni injertos, es una relación de afinidad consanguínea, que en América hispana, frente a la influencia del norte, brega porque lo útil ceda ante lo notable, lo práctico ante lo justo, lo material ante lo idealista, la influencia del billete de banco ante la influencia del espíritu callando en profundidad el imperialismo invasor ante un sentido misional y abnegado.

El rumbo para Ibero-América

El único camino posible de América hispana, es ir al reencuentro de su vieja madre europea, aleccionada y **sufriente después de su calvario; camino exigido** por el legado secular que en la hora prima de nuestra historia, España volcó con mano pródiga en forma de verbo, de esperanza, de fé, de justicia, de hermandad,

de desinterés, en su conciencia virgen cuando era niña

El iberoamericanismo debe tender hacia la reafirmación del ideal común, vernáculo y universal, particularista y ecuménico, que vinculó un día estrechamente a España con sus hijas transatlánticas; ideal que no era sólo de solidaridad racial, sino, antes y fundamentalmente, de profunda comprensión en el plano de las disciplinas espirituales.

La hora ha llegado. El primer encuentro entre España y América exigió un desgarramiento doloroso; España se olvidó de sí misma en un esfuerzo de madre en alumbramiento; se volcó entera en la empresa, dando de sí lo mejor de sus valores humanos.

¡Hagamos que el reencuentro se realice ahora, ahora que España ha vuelto a desgarrarse en otro alumbramiento para descubrir en el fondo de sí misma, el tono, el texto y la forma de las soluciones que reclama el presente y exige el porvenir!, ¡ahora que América está buscando afanosamente un camino, sin reparar que como tiene uno solo, no puede elegir!

¿Que puede oponerse entre nosotros como corriente dominante, frente a esta corriente española, que habla con la voz de 10 generaciones y reclama su imperio espiritual?

¿Acaso la pretensión forastera de una riqueza que puede comprarnos materialmente, de un sentido de la vida que se predica en lengua extraña de un predomi-

nio material capaz de despertar en nosotros admiración, pero no amistad, temor pero no afecto?

Pienso que el interrogante tiene en sí mismo su respuesta. Adivino que se me dirá lo que ya se me ha dicho; que el tono de mis palabras no es oportuno; que el americanismo — con "pan" o sin él — no debe demolerse porque podemos precisarlo como doctrina, acaso falsa, pero oportunista.

Oportunidad de la prédica Ibero-americanista

Los que así argumentan, no piensan que las vinculaciones basadas en conveniencias materiales, duran mientras existen posibilidades materiales, o mientras resulta ventajoso para quién las tiene que utilizar como lazo de unión; en cambio, la vinculación basada en ideales, en hondas afinidades de espíritu, se subraya en el tiempo, dura más que los hombres y que las cosas.

Soy de los que creen en la fuerza de las ideas, tanto como en la fuerza de los cañones; en la misión del desinterés, más que en la misión de la codicia; en la gerarquía del sacrificio, más que en la gerarquía de la bonanza; en la eficacia de lo justo, más que en la eficacia de lo útil.

¿Por qué entonces callar? Bien sé que remo contra la corriente. Precisamente por eso remo; si me dejara llevar por la corriente, no tendría que remar.

Acaso sea la voz de la sangre que me aconseja es-

ta postura poco popular, y para muchos antipática.

¡Bendita ella! que me evita la vergüenza de callar, porque otros callan, y de pensar lo que otros piensan con criterio de parque público en día festivo.

El acorde disonante

Los acordes disonantes rompen el oído en una sinfonía, pero por eso mismo se oyen mejor y se recuerdan siempre.

No aspiro a otra cosa. Sé que estoy disonando. Acaso algún día — y espero que no sea demasiado tarde — resulte que en esta sinfonía de ideas en juego, el acorde más ajustado sea el que hoy suena tan mal.

Es confiando en ello que digo estas cosas, y las digo fuerte; por algo hablo en español!

IV

Falso punto de partida

Hay un error fundamental en el planteamiento del problema vinculado a la orientación de Ibero-América, y sobre todo en nuestro país, frente a la posible beligerancia de los Estados Unidos y frente a la actual beligerancia británica.

Se ha dejado hablar la pasión, la simpatía, el elemento afectivo, y no se ha buscado de averiguar si ellos están de acuerdo con la razón fría, con la lógica pura.

Cada vez que se hable o escriba de este tema de vital interés para el porvenir de nuestra América, debemos despojarnos de todo prejuicio, de toda animosidad, de todo vínculo capaz de sugerirnos posiciones fuera de sazón o actitudes maduradas artificialmente.

No es en la simpatía a tal o cual nación en guerra, ni en la ojeriza a su contrincante que puede hallarse el motivo sensato y equilibrado de nuestro pronunciamiento.

No es en el culto a las Instituciones de un beligerante, en el apego a su modo de vivir, que puede encontrarse el punto de partida para nuestro impulso a su favor; no es en el repudio a la concepción orgánica de un estado, ni en la inquina a su modalidad, que puede basarse un gesto de desafío para con él.

Las actitudes de un país deben estar por encima de tales reacciones, y su definición internacional no puede ser efecto de lo que su sensibilidad reclame, sino de lo que su cordura exija; no puede emanar de sus impulsos más o menos pasionales, sino de sus reflexiones exclusivamente.

* * *

La tesis de los suicidas

El argumento eje para clamar por nuestro enrolamiento en el actual conflicto, es el de la defensa democrática.

¿Puede nuestra concepción democrática dar lugar por sí sola a un gesto de ayuda a las democracias en guerra, sea cual sea la posición que adopten al respecto los demás países de Sudamérica?

Analicemos por partes el problema. El criterio en función del cual la defensa democrática alcanza como justificativo de nuestro enrolamiento, tiende a diluir nuestra personalidad internacional dentro de la órbita de una doctrina que, al no tener fronteras, lleva a borrar las que ostentan los países que aplican ese criterio. Ello provoca una división del mundo en dos bandos: los democráticos y los que no lo son, con el peligro de que cuando una nación poderosa perteneciente a uno de ellos, se ve envuelta en conflicto con otra perteneciente al contrario, la causa que puede determinarlo, no siempre clara y aparente, es fácil disfrazarla con el vestido de la ideología común a fin de embarcar en esa forma a todos sus corifeos.

Las únicas ideologías que pueden sin peligro agrupar naciones diversas, son las espirituales, las que rigen las conciencias humanas al margen de todo interés político o material.

Pero una ideología política, cualquiera que ella sea, propiciada hasta el punto de rebasar fronteras, proyecta sobre las naciones que así proceden, cierto vago internacionalismo, debilitando al mismo tiempo la gerarquía nacional de muchas de ellas.

Nuestra autonomía

Debemos cuidar el prestigio de nuestra autonomía. El embarcarnos en razón de una ideología política común que en otros pueblos más poderosos pelagra, en actitudes pasibles de traducirse en beligerancia, da a nuestro gesto un tono servil de ademán sugerido, lo perfila como índice de una imposición.

No estamos, como muchos lo sostienen, frente a una "simpática firmeza de país pequeño, embarcado en una transparente acción internacional a favor de las democracias"; estamos por desgracia nuestra frente a un momento de dramática miopía oficial que para demostrar que en nuestro país "suenan bien los clarines de la democracia", quiere atar los destinos de la nuestra al porvenir de otra que se conjuga en diferente idioma, que se vive en distinto hemisferio, que proviene de otra fuente y está abocada en razón de problemas propios, a responsabilidades exclusivas, que no nos incumben, ni nos rozan.

* * *

Los intervencionistas buscan de pícar el amor propio nacional con altisonancias y efectismos de toda índole

Tres adjetivos fuera de lugar

"La neutralidad, dicen, es idiotez, cobardía o complicidad"

Distingamos. La única idiotez a la vista es la que pretende echarnos en brazos de los Estados Unidos para hacer el juego de sus intereses, trayendo a nuestras playas en forma de "Bases" la frontera de la beligerancia.

En forma de bases que convertirán al país en una avanzada de aquél que las usufructúe, dejándolo sometido a sus órdenes y decisiones, en el más denigrante de los vasallajes: el que se concede, el que se brinda, el que no se evita eludir, el que no repugna soportar, el que se buscó con fruición y se tolera con alegría, el que no tuvo obstáculos en su incubación, ni cuenta con resistencias en su ejercicio.

No hay cobardía en la decisión fundada y firme de mantenerse al margen de un conflicto extraño, hay por el contrario una manifestación de valor, de altivo valor, al resistir las reiteradas presiones de potencias que acaso nos consideren ya pan comido a través del servicio de algún empréstito para construcciones bélicas o de la eficacia de sus medios económicos volcados en sugerir orientaciones, que, de una u otra manera llegan al público.

¿Dónde está el valor?

El valor es un concepto relativo, tan relativo que aquello a que generalmente damos ese nombre, puede encerrar menos valor que otras actitudes pasibles de dar a primera vista una impresión contraria.

Para ser valiente, dando al concepto el alcance corriente, la significación aparatosa de gesto exterior de arrojo y desprecio a la vida, puede no hacer falta más que el minuto de un impulso, acaso irreflexivo, el valor contagioso de una reacción colectiva, el temor de no parecer cobarde, la vergüenza de dar una sensación que pueda interpretarse como pusilanimidad o villanía.

Pero hay otro modo de ser valiente menos ostensible y menos estridente. El que se desprende de las actitudes que dicta la prudencia o el buen sentido; actitudes siempre reflexivas, y como tal, asumidas después de barajarse en el ánimo, el riesgo que se corre ante los corifeos de la intrepidez y del brío estrepitoso, de parecer cobarde con posturas de aparente impasibilidad.

Creo que se precisa más valor para exhibirse encogido y medroso no siéndolo, que para tener ademanes denodados y atrevidos ante la expectativa de una "clack" que aplaude o rechifla.

Y esto es ley general, para individuos aislados, para grupos y para naciones.

Frente al problema que tratamos, yo prefiero para mi patria una apariencia de cobardía que encierra el valor de una auténtica definición de autonomía, reflexiva y serena, que el desplante ruidoso de un reto imprudente que tenga sólo el sentido de los arrebatos contagiosos y epidérmicos.

En cuanto a complicidad, yo daría ese nombre a la actitud de quienes pretenden crear un estado de conciencia penetrado de preocupaciones ajenas, para lograr por ese camino el extrangerismo de un pronunciamiento bélico que desviará nuestra patria de su rumbo de paz y trabajo dentro de esta zona sin amenazas y sin contiendas.

Nada de frases efectistas. Lo que hoy lucha en el mundo, son dos afanes de hegemonía económica, que, para América, no tienen por qué revestir sentido político.

* * *

Predicadores delirantes

Un periodista extranjero ha tenido recientemente el humorismo de hacer algunas declaraciones sobre estos tópicos, y entre ellas afirmó, "que el Uruguay es el país de América que mejor comprende la gravedad de la hora".

Extraño prisma el suyo, que le brinda una visión tan deformada de la realidad, y que le permite expre-

sar que "sea cual sea la actitud que adopten los demás países hermanos ante las contingencias de que vienen cargados los próximos meses, tiene la seguridad de que el Uruguay mantendrá invariable su rumbo norte".

Hay en esas frases grandes y profundos errores. Es el primero el que estima la comprensión de esta hora a través de su propia parcialidad, sin reparar que una cosa es la posición individual de un hombre, y otra muy distinta es la actitud oficial de un estado.

El segundo error, acaso más grave, es el que plantea y acepta la posibilidad de que nuestro país adopte frente al conflicto actitudes desconectadas de las que informen la postura de otras naciones sudamericanas.

Se advierte de un tiempo a esta parte, una tendencia claramente transparentada en la frase que comento, a separar nuestro rumbo internacional del que sigan nuestras vecinas, y se pretende justificar **ese absurdo** en supuestas "inclinaciones germanófilas de la Argentina", y en un "dudoso carácter democrático de su gobierno".

¡Lamentable criterio! Para el juicio apasionado de muchos, todo lo que hoy no sea ultraanglicismo o ultrayanquismo, es germanofilismo y totalitarismo.

Argentinismo y uruguayismo

No aceptan en su ofuscación, no conciben en su espíritu de entregamiento a las democracias en guerra,

que antes que ellas, por encima de ellas, está para nuestros vecinos su "Argentinismo", y para nosotros un no menos definido y firme "Uruguayismo".

Pobre ideal ha de tenerse de nuestra gerarquía de países autónomos, cuando frente a conflictos de esta naturaleza, no se concibe ni acepta la posibilidad de afirmativas prescindencias.

Capacidad de auto-determinación

He dicho afirmativas y lo repito. Si nuestros rumbos internacionales sólo pueden determinarse sin tutelajes en las horas fáciles en que el mundo no tiene conflictos, hemos de aceptar para nosotros una limitada capacidad de auto-determinación, que desaparece o se apoca en cuanto se avistan lejanas tormentas.

Sudamérica debe demostrar que tiene esa capacidad, adoptando para ello frente al actual conflicto, la actitud que le convenga a ella, y no la que convenga a otros, cuyo poderío, intereses, compromisos, etc. les hayan creado situaciones de obligado belicismo.

* * *

Si la conveniencia sudamericana está en ser neutral, no debe permitir que ninguna presión, ninguna influencia, ninguna pasión, ninguna altisonancia más o menos hábil de la prédica belicista le hagan modificar su rumbo.

Filosofía de nuestra neutralidad

Ser neutral, prescindir de un enrolamiento, no supone desentenderse de lo que él significa; no implica cruzarse de brazos sin penetrar su sentido; no se traduce en un encogimiento de hombros indiferente y egoísta.

Prescindir es dar la cara al panorama y erguirse frente a él, no es curioso insensible, sino es testigo que mira, piensa y siente, y que si no interviene, es porque no debe hacerlo.

Prescindir es levantar ante la dinámica de la lucha, en vertical de firmeza, la voluntad de paz.

Mantenerse al margen de una conflagración que, como la actual tiende a extenderse cada vez más lejos de su punto inicial, es contribuir a levantar diques frente a la expansión bélica, a restarle campos para la lucha y elementos humanos para la hostilidad.

Mantenerse al margen de un conflicto, no supone temor de una actitud más decidida como muchos lo insinúan, sino elección de una postura propia, radical en su firmeza, lógica en su fundamento, digna en su serenidad, frente a los rumbos de importación que marcan las naciones beligerantes.

Mientras éstas se gastan y aniquilan, los neutrales significan, en el tinglado del mundo, reservas y energías necesarias a la salud de la comunidad internacional.

Y puntualicemos bien esto: nuestra neutralidad no es como la de algunos, un pacifismo antimilitarista y sensiblero.

Dejamos el primero para los comunistas y comunistas, que no quieren la guerra entre los pueblos para poder desatarla mejor entre las clases, y que odian al militar — que yo respeto en todo el noble significado de su misión trascendente — no porque les traiga retumbos bélicos, sino porque les molesta todo lo que signifique gerarquía y orden; dejamos el segundo, lacrimoso y epitalámico, para los débiles y los cobardes, incapaces de una afirmación difícil, de un gesto definitivo, de una postura radical.

Pensemos, además, que la neutralidad es una forma especial de intervención cuando se sabe vivirla.

Ella, repito, no da carácter de espectador; el neutral vive el conflicto en todos sus aspectos, lo pulsa, lo estudia, lo siente; es un investigador que observa el panorama bélico para aprender en él las duras lecciones que dicta, o un amigo común que brinda su gerarquía de equidistante para logros que sólo en esa postura pueden obtenerse; p. ej. España en 1914 propició y obtuvo en razón de su neutralidad, canjes de prisioneros y fórmulas más humanas para el tratamiento de los mismos.

Los pueblos de Ibero-América tendrían ahí una magnífica postura de apostolado militante dentro de la más absoluta neutralidad.

* * *

Afortunadamente ya se advierte en Sudamérica un serio movimiento anti-belicista. Confío que nuestro país no quedará al margen del mismo. Nuestra actitud tiene que ser solidaria con la de nuestros vecinos.

Solidaridad regional

No podemos incurrir en el absurdo de pensar que tenemos derecho de crearle a estas latitudes situaciones de pre-beligerancia que las otras naciones resisten y repudian.

Este criterio no merma nuestra soberanía. El no implica condicionar nuestros gestos a los gestos de nuestros fronterizos, ni supeditar el libre ejercicio de nuestra acción internacional a lo que ellos sugieran o aconsejen.

Pero ya que se habla tanto de americanismo, de soluciones colectivas, de uniformar criterio, debiera pensarse que en lógica estricta, el americanismo más sensato es el que nos vincula a nuestras hermanas más próximas; que las soluciones colectivas más cuerdas, son las tomadas con quienes ocupan junto a nosotros el mismo núcleo geográfico; que la uniformación de criterios más juiciosa es la que nos lleva a crear un estado de conciencia macizo y fuerte, en esta zona del continente, cuyo alejamiento en razón de distancias y

de problemas de quienes luchan o están por luchar, nos brinda la posibilidad de mantener frente a ellos una actitud de alitiva prescindencia.

Antes que anglófilos o germanófilos somos Uruguayos, y debemos encerrarnos primero, en un hermético nacionalismo; después, en un no menos hermético regionalismo, vinculados ambos en la raíz de su misma fuente originaria; raíz que no debemos mirar sólo como motivo para la gratitud y para el recuerdo, sino como base para una responsabilidad y una misión: responsabilidad en la administración de una cultura que hay que revivir en nuestro medio, para vivirla íntegramente, y misión, para darle a esa cultura, que es un modo de ser y de sentir, el rumbo universal que pensaron sus grandes forjadores.

* * *

Hay una profunda contradicción en el estado de espíritu local, cuando se vuela con armas y bagajes en el cauce de la política internacional norteamericana.

Piénsese serenamente que esa política, junto a las razones de orden diverso que puedan dictarla, está aconsejada por una razón fundamental que respeto y aplaudo sin la menor reticencia: el tradicionalismo.

Tradicionalismo yanqui

Estados Unidos no podía ni debía desentenderse frente al drama que vive su vieja madre Inglaterra. Tiene con ella muchas afinidades espirituales; tiene su lengua; acusa francos perfiles que denuncian importantes matices de analogía en su modo de ser y de vivir; le debe el impulso de su hora prima; le debe el aporte de sus valores humanos, el tono de su concepción institucional, la modalidad de su cultura y el ritmo de su paso a través de épocas y de problemas.

Nuestro rumbo

¿Se quiere imitar a los Estados Unidos? Muy bien, imitémoslos pero en el sentido hondo de su actitud, y no en la trascendencia superficial de la misma; busquemos la raíz profunda de su gesto, y no nos conformemos con una simple fotografía de su ademán; estudiemos el calado que no se ve, pero que equilibra y asegura la estabilidad del barco, y no la obra muerta que sólo es posible afirmado sobre aquél.

En el fondo de la posición norteamericana hay una razón de familia que gravita; una obligación de sangre que apremia; un sentido de gratitud que exige; un impulso de tradición que manda!

¡Imitémoslos en buscar nosotros también el rumbo

que aconseja nuestra razón de familia; el cauce que reclama el clamor de la sangre; la meta que señala nuestra gratitud de hijos; el camino que marcan los imperativos de nuestra estructura tradicional!

* * *

He aquí como, imitando el gesto de los Estados Unidos, estudiándolo a la luz de su sentido más digno y profundo, hemos de seguir por otra huella que la suya, hacia otro destino.

¡El destino ecuménico de nuestra raza, que reclama como nunca el aporte de la gran familia Ibérica para levantar frente al mundo convulsionado la realidad de sus grandes valores heredados!

Hacia el reencuentro

Fomentemos, por encima de distancias de espacio y de tiempo, el reencuentro de Iberia consigo misma, con su espíritu ancestral, y démosle a ese espíritu forma de impulso colectivo para orientar las conciencias erradas o vacilantes que se dejan embaucar frente a las arremetidas del extrangerismo.

Misión de juventud

Y para esta tarea tengo una profunda confianza en la juventud de Ibero-América, en las generaciones

nacidas bajo el signo de este afiebrado siglo: generaciones que comprendemos, acaso mejor que aquellas que nos precedieron, que no es posible realizar una acción de gerarquía densa y perdurable, estableciendo un divorcio con todo lo que tenga un sentido profundo de raíz nacional, con todo lo que suene a voz de la sangre, con todo lo que importe afirmación de tradiciones.

Para esa misión se requiere paz; la paz digna y necesaria de quienes pueden y deben afirmarla por haber visto en ella las posibilidades de una misión trascendente, donde la tarea no deja resquicios de tiempo para ocuparse de importadas aventuras bélicas.

Ibero-América quiere ser neutral frente al conflicto europeo, no para vivir en holganza de preocupaciones, sino para hacer frente a las suyas propias, que tienen amplio panorama y contenido preciso.

V

¿Cuáles son esas preocupaciones? Señalo en primer término una de franca actualidad, frente a la cual es necesario adoptar una postura con pleno conocimiento de su significado y alcance.

Ante el nuevo orden

Se habla constantemente de "nuevo orden", y sin duda no existe todavía plena conciencia sobre el verdadero sentido de ese concepto.

¿Qué es el "nuevo orden"?; a dónde va?; qué pretende?; qué abarca? Entramos despacio en este terreno, que no deja de ser espinoso.

El concepto "nuevo orden" ha tenido la virtud, la rara virtud, de provocar una reacción de tal ertidad, que, ante todo, lo que pueda directa o indirectamente traducirse en su beneficio, abocan sus baterías desde todos los frentes, los espíritus más antagónicos, los ideólogos más opuestos, los doctrinarios más en pugna, los que marchan hacia los rumbos más divergentes e irreconciliables.

Lástima que tanto esfuerzo, tanta posibilidad de entendimiento en quienes tienen el sello de fundamentales discrepancias, se gaste sin orden ni concierto frente a algo de perfiles todavía diluidos y de contenido indefinido; frente a algo pasible de sufrir en el camino de su definitiva estructuración, modificaciones y retoques que acaso le den un tono menos discordante con el que anhelan los que hoy le afrentan el radicalismo de su oposición.

¿Qué es el nuevo orden?

Porque ¿qué es en definitiva el tan mentado nuevo orden? ¿Una concepción política?; ¿una escuela económico-financiera?; ¿Un punto de vista social?; ¿Hay en su esbozado contenido una obligación absolu-

ta de divorcio con el de nuestra organización institucional, o en el fondo se trata sólo de matices diferenciales?

Más aún: ¿el triunfo de uno u otro beligerante en la actual conflagración tendrá carácter decisivo para la implantación o rechazo de la modalidad en cuestión, o, triunfe quien triunfe, la economía general de la sociedad lo impondrá por sí sola?

Entre nosotros se padece una confusión profunda. Se ha dado en llamar "nuevo orden" al totalitarismo y se ha hecho una consubstanciación entre ese concepto y algunos de los aspectos que contribuyen a integrarlo, sin pensar que muchos de éstos caben y se concilian dentro de otros regímenes institucionales.

Una cosa es el totalitarismo y otra muy distinta son las diferentes facetas de su economía, que, aisladamente consideradas pueden integrar el índice doctrinario de regímenes que no sean totalitarios.

Es, a un tiempo, peligroso y tonto confundir una doctrina con sus capítulos; una concepción amplia de contenido múltiple, con cada uno de los aspectos que le dan esa multiplicidad.

Si en los regímenes totalitarios, salvo el soviético y el batllista, se da al concepto de orden cabida de preocupación principal, ser amigo del orden no supone embarcarse en un totalitarismo integral; si los regímenes totalitarios son, salvo el soviético y el batllista regímenes nacionalistas, el hecho de exaltar los naciona-

lismos no importa ser totalitario; si la concepción totalitaria, salvo la soviética y la batllista, respeta y dignifica las legítimas gerarquías, ser partidario de una ordenación gerárquica no supone comulgar con los otros aspectos de esa doctrina; si la ordenación totalitaria, salvo la batllista, no tolera las demagogias, repudiar las demagogias no significa suscribir los otros capítulos de la misma concepción.

Y tanto la exaltación del orden, el credo nacionalista, la ordenación gerárquica como el repudio demagógico, son posiciones que cuadran y se concilian con regímenes de franco y decidido tono democrático.

Creo además que consubstanciar los conceptos de "nuevo orden" y "totalitarismo" sea una tesis errónea.

Sin duda que el totalitarismo subraya en el mundo un nuevo orden, pero eso no basta para que todo lo que sea pasible de significar nuevo orden, tenga que ser forzosamente totalitarismo.

No me cabe duda que un nuevo orden se asentará en la vida institucional de las naciones a muy breve plazo, pero, al menos en América, esa ordenación no creo que revista carácter político; será fundamentalmente social y económica. No creo que revista carácter político en cuanto a cambios de regímenes y de sistemas, pero sí en cuanto a depuración administrativa dentro de los actuales sistemas.

Frente al clima de post-guerra

Cualquiera que sea el resultado del actual conflicto europeo, América no escapará al clima de post-guerra, que luego de conflagraciones de esa entidad tiene siempre una proyección ecuménica.

Estamos abocados a una crisis económico-financiera sin precedentes históricos en cuanto termine la actual conflagración. Nuestros viejos mercados compradores habrán agotado su poder adquisitivo en el esfuerzo bélico, y buscarán sin duda bastarse a sí mismos con un criterio de severa e inflexible economía.

El Uruguay es un país pobre, cuyos únicos recursos provienen de sus exportaciones agropecuarias, y entramos en una etapa en que ellas se verán comprometidas fundamentalmente por dos razones: el criterio restrictivo a que acabo de referirme de los antiguos mercados compradores debilitados en su capacidad adquisitiva, — mercados que, haciendo gala de una precaria psicología de colonia, ni se ha buscado ni se busca sustituir — y la falta de bodegas que gravitará en términos decisivos pese al expediente peligroso y jurídicamente inadmisibles de las incautaciones.

Más aún. Nuestras dificultades, — no ya las de América, sino las nuestras, las uruguayas — serán mayores aún si el éxito corona las fuerzas del Eje, ya que una elemental reciprocidad internacional hará que en-

tonces se tenga en cuenta la delirante política que está siguiendo nuestra cancillería.

Tal panorama plantea ya un serio problema de rectificación de rumbos, para ir adaptando nuestro ritmo al que fatalmente depararan las circunstancias.

* * *

Distinto modo de vivir

Y ese nuevo ritmo, tiene en mi concepto como capítulo fundamental y eje de su dinámica, un distinto modo de vivir; un distinto modo de vivir pasible de perfilar por sí solo un orden nuevo.

Distinto modo de vivir individual y colectivo, privado y público, aceptado por todos como colaboración necesaria ante las dificultades mucho más serias, supieron mirar de frente el imperativo, por duro que fuese, que la realidad les imponía.

Dos Estados europeos en horas dramáticas de su historia, han sintetizado en frases de un escueto graficismo el sentido de su rumbo iniciado con ansias de reconstrucción nacional.

Patria, familia y orden, ha dicho uno; lograda la paz declararemos la guerra a la frivolidad de la vida. ha dicho el otro.

Esas dos frases tienen vocación de huella. Veo en ellas una fórmula para las jornadas del porvenir.

La primera pertenece a un viejo soldado que ha

encontrado en su ancianidad y en su gloria, fuerzas para iniciar en medio del desastre, de la miseria, de la humillación, de las privaciones y de la incomprensión de propios y extraños, un movimiento de honda penetración en la conciencia de su pueblo, tendiente a inculcarle esa voluntad de sacrificio que es artesana de imposibles en las horas normativas y verticales de toda empresa de reconstrucción.

Los primeros gestos en la aplicación de esa fórmula tienden a darle a la familia la gerarquía y la protección que merece en su carácter de núcleo esencial de la sociedad.

La segunda fórmula pertenece a otro soldado, soldado victorioso en una lucha larga y cruenta, en que se jugaron los destinos de una civilización y de una cultura milenarias, y que hoy, lograda la paz, quiere ajustar el ritmo de su patria a un modo de vivir parco y severo, como cuadra en lógica estricta a la época difícil que atravesamos.

* * *

Alcance de un imperativo

Hay en el espíritu de la doctrina que esa fórmula sintetiza, un ansia de mayor equilibrio social que el mundo entero reclama.

No el equilibrio embustero y demagógico de los problemas que buscan imposibles y mutiladoras nivelaciones rebanando las cabezas que logran destacarse, y que enconan las masas de desposeídos en un ansia mal disfrazada de caos; sino el que tiende a crear iguales posibilidades de ascensión para los que ostentan capacidades semejantes, dentro de un clima en que el respecto a las legítimas gerarquías se concilia y armoniza con un sentido de hermandad auténticamente cristiano.

Hay que exaltar en el hombre la gerarquía de su condición humana, afirmando un concepto de vida con primacía de lo espiritual, en que el respeto mutuo de sentido de fraternidad al intercambio entre las clases, y en que una mayor comprensión entre las mismas imponga a la marcha de la sociedad un tono armonioso de aspiraciones y de impulsos concurrentes.

Señalando la conveniencia de tal política, yo decía hace un tiempo en otro libro, que es imprescindible contrarrestar ese falso concepto por el cual en razón de una aparente oposición de intereses, se alzan frente a frente el patrón y el obrero, — elementos humanos en la dinámica de toda producción; — que es imprescindible que unos y otros vean sus deberes antes que sus derechos, única forma de lograr para sus esfuerzos un tono de franca colaboración, a la que unos aportan la gerarquía de su responsabilidad directriz, y otros la dignidad de su empeño comprensivo.

Ante el dualismo: matar o dignificar el tiempo

Entramos en una etapa histórica en que no caben figuras decorativas en las sociedades; en que todos, hombres y mujeres, pudientes y menesterosos, deben dar la sensación de que tienen una responsabilidad a que hacer frente, una obligación que atender, un cometido que realizar; y cuando por una u otra causa, benévolas condiciones de vida borran en la perspectiva del panorama diario el imperativo del trabajo como necesidad material, la convicción de que se es parte de un organismo social en que cada cual tiene su función, trascendente o intrascendente, privada o pública, debe ser impulso suficiente para buscar y encontrar un cauce de actividad que justifique la vida, una razón que la ampare distinta a la de quienes piensan que basta para ello con el expediente cómodo y benigno de llenarla sin ocuparla, con esa frivolidad revolucionaria, agresiva y estulta, de los que matan el tiempo, sin reparar que provocan el juicio lógicamente severo de los que dignifican el tiempo.

* * *

Es necesario tener un criterio más cristiano para concebir la vida, en que se consideren los aspectos que acabo de señalar, y en que se dé a la caridad — ese medio que tienen los pudientes de llegar con su exce-

dente a los que no lo son — un sentido menos pagano, más efectivo.

Filosofía de la caridad

La caridad sin más objeto que acallar los imperativos físicos del menesteroso, es una caridad de poco vuelo, de corto alcance.

Hay que hacerla llevando al espíritu del necesitado la sensación de una fraternidad que se prodiga, y no de una limosna que se concede; de una preocupación que vela, y no de una caja de caudales que se abre; de un corazón que siente, y no de un molesto deber que se cumple.

Hay que llevar paz al alma del que recibe, haciendo menos ostensible, menos hiriente, menos llamativa la vida del que da.

Patología de la ostentación

El viejo ¿qué dirán? totalmente demonetizado hoy, debe cobrar de nuevo su imperio con un distinto contenido.

El ¿qué dirán?, como expresión apocada de respeto humano, que ajusta y condiciona totalmente nuestros actos a la opinión ajena, es absurdo, limitado y pusilánime; el ¿qué dirán?, como expresión razonada de respeto a la miseria ajena, que encauza y dirige nues-

tros gestos en el afán de evitar innecesarias ostentaciones de abundancia y boato, es lógico, digno y generoso.

Hay cierto fondo morboso en el placer de la ostentación, que no agrega nada al beneficio en sí que nos proporciona tal o cual ventaja o situación, y que sólo se percibe a través del comentario o del gesto que traduce la opinión de terceros.

La ostentación tiene un efecto cáustico y punzante; provoca tarde o temprano choques, encuentros, que si son entre iguales, buscan la tontería de determinar envidias, y si son entre diferentes, logran el crimen de provocar odios.

Un diplomático extranjero que hasta hace poco estaba entre nosotros, cuando abría los salones de su legación, cerraba herméticamente las puertas y ventanas de la misma.

Creo que pocos habrán percibido el sentido hondo de esa sensata actitud, que puede explicarse con la frase atribuida al Conde Albert de Mun: "Personne ne doit montrer son habit ni les friandises de sa table, à celui qui couvre sa faim avec de guénilles".

Acaso uno de los imperativos más francos de esta hora está en lograr que los signos exteriores de la convivencia social, no denuncien los necesarios desniveles de una manera tan detonante como suele suceder.

La desigualdad es una ley humana, pero una de las formas de suavizar esa ley es lograr que quienes

ocupan el plano superior, acerquen con la apariencia de un exterior sencillo los dos extremos del medio social.

Hay que ir inculcando en la conciencia pública estas ideas, para que no tengan carácter sorpresivo cuando llegue la hora de vivirlas.

ENVIO

A los indiferentes, que frente a la dinámica de esta hora se dejan vivir al margen de la inquietud que la sacude e informa; a los que piensan que con eludir la responsabilidad de un pronunciamiento, los acontecimientos pasarán junto a ellos sin rozarlos; a los que prestan con el peso de su autoridad moral e intelectual, en palabra y actitud desinteresadas, consistencia y densidad a las prédicas de tantos apasionamientos errados; a los que se prodigan en gestos sin medida, pasibles de trascendencias ulteriores, cuya gravedad a nadie es dable predicar, de dico estas páginas, con el deseo patriótico de que las generaciones futuras no encuentren motivo para recordar con encono el panorama espiritual de este momento histórico, encuadrándolo dentro del ritmo acompasado y penetrante de estos versos de linaje antiguo y honda significación;

...Alors, de vos erreurs voyant les tristes fruits, reconnaissez les coups que vous avez conduits!

INDICE

	Págs
Prefacio	9

I

Dos falsas posiciones	13
Nacionalismo no es totalitarismo	14
El nacionalismo acepta ciertos aportes extranjeros	14
Definición de "lo propio"	17
Rumbo de nuestro nacionalismo	18
El nacionalismo y el hombre	19
El nacionalismo y la familia	19
El nacionalismo y la libertad.	19
Elaboración del nacionalismo	21
La raza	22
Dos tipos de razismo.	23
La culpa extrangerizante	24
Tradicionalismo	25
La preocupación del porvenir	26

II

	Págs.
La propaganda belicista	27
El imperativo de la neutralidad	28
Misión de los países pequeños	29
Patriotismo y lógica, determinante de neutralidad	30
Belicismo yanqui, problema ageno	32
Contenido de nuestra neutralidad	33
La exaltación democrática, no justifica nuestro enrolamiento	34
Independencia espiritual	35
Recuperación de nuestro "ser nacional"	36

III

Americanismo	37
Las dos Américas	39
Nordomanía	40
La doctrina de Monroe	42
La opinión de Hart	43
El caso de Panamá	44
Doctrinas de Teodoro Roosevelt	45
La política del "Big Stick"	45
El carácter de Ibero-América	47
El rumbo para Ibero-América	48
Oportunidad de la prédica iberoamericanista	50
El acorde disonante	51

IV

	Págs.
Falso punto de partida	51
La tesis de los suicidas	52
Nuestra autonomía	54
Tres adjetivos fuera de lugar	55
¿Dónde está el valor?	56
Predicadores delirantes	57
Argentinismo y Uruguayismo	58
Capacidad de auto-determinación	59
Filosofía de nuestra neutralidad	60
Solidaridad regional	62
Tradicionalismo yanqui	64
Nuestro rumbo	64
Hacia el reencuentro	65
Misión de juventud	65

V

Ante el nuevo orden	66
¿Qué es el nuevo orden?	67
Frente al clima de post-guerra	70
Distinto modo de vivir	71
Alcance de un imperativo	72
Ante el dualismo: matar o dignificar el tiempo	74
Filosofía de la caridad	75
Patología de la ostentación	75
Envío	79

«Perfiles para un Nacionalismo»
terminó de imprimirse el 12 de
Marzo de 1942 en los Talleres
Gráficos de «El Chileno» — Rosas
1281 — Santiago de Chile



Impreso en Chile.

Imp. "EL CHILENO".— Rosas 1281.

Printed in Chile

UBO BIBLIOTECA PRECIO \$ 6.— M.L.



3 5622 00043 3714